

Introducción

ESTA HISTORIA NACIÓ de una frustración. A medida que avanzaba la escritura de *Une histoire de France*, tenía la sensación de ser prisionero de la política, grande o pequeña, de los entresijos del poder y de una única especie de grandes hombres, los poseedores de la autoridad suprema. Los movimientos de la sociedad se me escapaban entre los dedos; la vida de las ideas aparecía al trasluz; las artes y las letras constituían un lejano telón de fondo. Y a los hombres de Estado no los cuestionaban más que sus pares y los aprendices de sus pares: Napoleón se las tenía con Alejandro y Wellington, nunca con Chateaubriand; Clemenceau nunca se encontraba a Péguy en su camino; De Gaulle escapaba al bombardeo de Sartre.

De aquí surge el deseo de *enroscarse* como en el ajedrez y dejar a un lado a los intelectuales. Extraña palabra nacida, como es sabido, en el episodio del caso Dreyfus, pero que corresponde a una realidad mucho más antigua. ¿Dónde situar el punto de partida de este linaje? ¿En Sócrates o en Platón? ¿En santo Tomás de Aquino? ¿En Erasmo? Que cada uno opine lo que quiera.

El intelectual moderno nace, según mi punto de vista, en el siglo XVIII, cuando escapa a la influencia de la realeza y a la omnipresencia religiosa. Es la sociedad la que constituye a partir de ese momento su líquido amniótico, y no ya la monarquía ni la Iglesia. Adopta una posición para enfrentarse al poder; ese enfrentamiento define su identidad tanto como su trabajo de creación. La opinión pública y la posteridad no se equivocan. Bergson es un filósofo, no

un intelectual, pero Camus sí lo es. Gracq es un novelista, pero Aragon es un intelectual. Proust es... Proust, pero Gide es un intelectual. Esta percepción intuitiva corresponde a una definición casi natural. El intelectual piensa el mundo, ya sea parcialmente, e incluso incidentalmente, pero se sitúa plenamente en él: las palabras son actos; las ideas, armas; las teorías, cánones. Es, lo mismo que la diversidad de los quesos, la variedad de los paisajes o la pasión por las revoluciones, una especialidad muy francesa.

Hay pensadores en todas partes, igual de importantes o incluso más esenciales, pero Burke no interpreta su partitura como Benjamin Constant, ni Darwin como Victor Hugo, ni Keynes como Malraux. Del mismo modo, allí donde con más fuerza resopló el espíritu, es decir, en la Alemania del siglo XIX, ni Fichte, ni Hegel, ni Marx ni Nietzsche son intelectuales en el sentido francés del término. Dibujan el universo, las clases, las razas, pero no se erigen como opositores al poder de un sistema político cuya destrucción algunos desean, sin embargo. ¿Quién puede imaginar a Nietzsche tronando como Zola, a Marx polemizando como Hugo o más tarde a Thomas Mann partiendo, como Gide, a un peregrinaje ambiguo a la Unión Soviética?

Así pues, salí en busca de un personaje de lo más francés: el intelectual. En busca también de una respuesta a una pregunta insistente: ¿por qué los intelectuales franceses piensan de manera cada vez más equivocada, a medida que pasan las décadas? ¿Por qué consiguen llevar a cabo combates teñidos de humanismo y simultáneamente divagan ideológicamente? ¿Por qué el matiz, la medida y el equilibrio se han convertido para la mayoría, incluso hoy, en palabras obscenas? No tengo la presunción de juzgar ni su talento para escribir, ni su potencia creadora, ni su genio artístico, sino que me contento con observarlos pertrechado del minucioso rasero de la influencia que han querido ejercer sobre la sociedad de su tiempo y de las opiniones que nunca han dejado de proclamar.

Del mismo modo que me atreví, como historiador de fin de semana, a escribir una *Historie de France*, como intelectual de pacotilla me arriesgo a atacar a la corporación más poderosa de nuestro país a lo largo del tiempo. Múltiples digresiones, callejones sin salida deliberados, opciones asumidas, osados atajos, despropósitos deliberados, innumerables juicios tajantes: ahí están todos los ingredientes necesarios para sufrir un proceso por brujería. Pero hablar de los intelectuales, que tan a menudo cultivan una chirriante mala intención, con un poco de mala intención juguetona, no está prohibido. Ésa es mi apuesta.

En el principio fue el Verbo

«LA CONVERSACIÓN DIRIGIÓ totalmente, desde hace un siglo, el curso de las ideas.» Eso piensa en efecto madame de Staël. Pero la posteridad ha sido injusta durante mucho tiempo con aquellas que han sabido hacer de la conversación un arte: para los intelectuales, las grandes anfitrionas son, en el siglo XVIII, lo que representaban durante el Renacimiento los mecenas para los artistas. Pero Lorenzo de Médicis ha sido mejor tratado por la historia que madame de Tencin, sus émulas y sus compañeras. Sin duda son aún víctimas de la sombra proyectada por *Las preciosas ridículas* y los juegos gratuitos del Hôtel de Rambouillet.

«La Tencin» encarna por sí sola el siglo: el libertinaje a través de sus numerosas aventuras marcadas por una misma pasión por los hombres poderosos; la musa de los mejores talentos; la mujer de letras que lleva a cabo la transición entre *La princesa de Clèves* y *Las amistades peligrosas*. Mucho debía haber cambiado la moral para que esta mujer se convirtiera a partir de 1730 en el árbitro de la elegancia intelectual. ¿Abandonar a un niño en las escaleras de la capilla de Saint-Jean-le-Rond? Una bobada, aunque ese niño decidiera más tarde abandonar el nombre de Jean-le-Rond [Juan el Redondo] que le habían atribuido por razones evidentes ¡y cambiárselo por el de D'Alembert! ¿Ser acusada de tentativa de asesinato y encerrada en la Bastilla? Una prueba de originalidad, una vez obtenido el sobreseimiento. ¿Haber especulado mucho

gracias a sus relaciones con Law? Señal de que era muy activa en todos los sentidos, en cuanto se aleja el recuerdo de la primera quiebra bancaria en Francia.

Eran sin duda necesarias semejantes hazañas que poder grabar en la fachada de su villa para que madame de Tencin pudiera instalarse majestuosamente en el centro de la vida intelectual: un ambiente demoníaco no deja de complacer nunca a la gente sesuda. Pero la anfitriona añadía a ello en primer lugar la fuerza de su inteligencia, el poder de su dialéctica, la agudeza de su conversación. El talento mundano se convierte casi en secundario. Ella instala su salón, es decir, su teatro, rodeada de amigos de siempre, en particular Montesquieu y Fontenelle. Muy emocionado por haber sido admitido en ese sancta sanctorum, el joven Marmontel se sintió tan profundamente deslumbrado que su huella aparecerá en sus *Mémoires*: «En Marivaux, el ansia por demostrar finura y sagacidad se dejaba ver con fuerza. Montesquieu, con más calma, esperaba que la pelota llegara a él, pero la esperaba. Sólo Fontenelle la dejaba llegar sin buscarla; y utilizaba con tal sobriedad la atención que se le prestaba que sus delicadas palabras y hermosos relatos no ocupaban nunca más que un momento. Helvétius, atento y discreto, recogía para poder un día sembrar».

Excepto Voltaire, incapaz de frecuentar un círculo del que no fuera el centro, todos los espíritus superiores, todas las inteligencias sofisticadas, todos los escritores reconocidos frecuentaron el salón de madame de Tencin. Ella toleraba la presencia de otras mujeres con la condición de que tuvieran, a semejanza de Émilie du Châtelet, compañera de Voltaire, una personalidad excepcional. Llegó incluso a acoger a las que, como madame Geoffrin, no paraban hasta que abrían «una boutique por su cuenta». Tuvo sobre todo la inteligencia de ser la primera que buscó la compañía de los visitantes extranjeros más interesantes y hacer del peregrinaje a la calle Saint-Honoré una etapa obligada de cualquier estancia en París.

A partir de entonces aparecen diálogos epistolares como ya no

hay. Así por ejemplo el agradecimiento de lord Chesterfield: «[...]Habiendo pues franqueado el paso, deseaba aprovechar para explicarle los sentimientos de agradecimiento que tengo, y siempre tendré, hacia las bondades que me ha manifestado en París; y desearía expresarle también todo lo que pienso de las cualidades que distinguen su corazón y su espíritu de todos los demás, pero eso me llevaría igualmente más allá de los límites de una carta y está por encima de mis fuerzas». La anfitriona responde: «[...]La carta se leyó, y no una sola vez. He de reconocerle que el efecto que produjo fue bien diferente del que esperaba: ese milord se burla de nosotros, gritó monsieur de Fontenelle, al que siguieron otros, cuando escribe en nuestro idioma mejor y más correctamente que nosotros. Que se contente, si le place, con ser el primer hombre de su nación, con tener las luces y la profundidad de genio que la caracterizan; y que no venga a apropiarse de nuestras gracias y gentilezas».

En casa de madame de Tencin, se abolían las fronteras y las clases a favor del único criterio evidente: la inteligencia. Ciertamente su predecesora, madame de Lambert, se había atrevido a mezclar en su salón a aristócratas y a hombres de letras, como si las diferencias de casta pudieran desvanecerse mientras dura una conversación. En la calle Saint-Honoré se llega más lejos: la anfitriona instala en ella una república de nuevo cuño. Denunciando a la sociedad del Antiguo Régimen en sus cinco novelas publicadas bajo un estricto anonimato, se permite abolir en su casa sus fundamentos. Sólo reina el espíritu, que determina el rango de unos y otros: un plebeyo genial tiene más peso que un aristócrata inteligente, y un filósofo deslumbrante más que un hábil diplomático. A todos se les juzga según su talento para practicar la más reciente de las bellas artes, la conversación. Ésta pretende ser un diálogo socrático a varias voces. Cuanto más filósofo es el anfitrión, más cede la libertad de tono el lugar a los encantos de la dialéctica.

CUANDO EL MONOPOLIO de madame de Tencin declina, toman el relevo salones de espíritu muy diferente. El de madame du Deffand, que no se deja engañar, es más mundano. Escribe a Horace Walpole: «Admiraba anoche la numerosa asistencia que había acudido a mi casa; hombres y mujeres me parecían muñecos mecánicos, que iban, venían, hablaban, reían sin pensar, sin reflexionar, sin sentir...». Pero de todos modos utiliza su ascendiente para influir en las elecciones académicas y por tanto en el poder intelectual: D'Alembert le debe en parte a ella su entrada en la Academia en 1754. Es cierto que ella fingía subestimarse por coquetería: la parte más liberal de la gran aristocracia –la duquesa de Choiseul, Beauvau, Bouffler– se codea con los poderosos, Turgot o Loménie de Brienne, y estos se encuentran frente al conjunto de la élite filosófica.

El salón de madame Geoffrin es más internacional. Ella viene de la pequeña burguesía, hija de un ayuda de cámara de la Delfina que, gracias a los medios financieros de su marido, sabe atraer a su casa a todos los príncipes y diplomáticos que pasan por París, deseosos de codearse con los filósofos que Europa sueña con conocer.

El salón del barón de Holbach es conceptual. El barón, filósofo, presenta a Grimm, a David Hume y a Beccaria a los pensadores franceses más en boga –Diderot, Rousseau, Helvétius– y a sus colegas menos conocidos y más menesterosos. Fino observador, como lo son siempre los eclesiásticos mundanos, el padre Morellet disfruta recreando el ambiente de «la camarilla de Holbach»: «A menudo sólo uno tomaba la palabra y proponía su teoría tranquilamente y sin ser interrumpido. Otras veces era un combate singular en su forma, del que era espectador todo el resto de la sociedad: una manera de escuchar que muy rara vez he encontrado en otra parte». Las reglas del juego son sencillas. El respeto por la cortesía: Morellet interpela al que le contradice al estilo de «Caballero y estimado ateo». El sentido de la discreción: los habituales saben todos que Holbach es autor de numerosas obras condenadas por la censura, como *Le Christianisme dévoilé* o *La Politique naturelle*, pero nadie

aludirá a este hecho. La solidaridad: cada uno de los miembros de la camarilla se siente obligado a guardar fidelidad al barón.

Estas reglas de la vida en microsociedad sirven para la mayoría de los salones, pero también para el conjunto de lugares de debate y conversación que surgen por doquier en Francia. Los cafés se convierten en antecámaras de los salones y las logias masónicas son su equivalente en el universo de lo secreto. Se habla de todo en todas partes. Las palabras sabias son suficientes para establecer el ascendiente intelectual.

Así pues, gracias a «su dulce y persuasiva elocuencia y su rostro que brilla con el fuego de la inspiración» –según Marmontel–, Diderot adquiere una inmensa reputación sin haber publicado siquiera obras importantes, puesto que la mayoría de ellas no estarán disponibles hasta después de su muerte. De hecho, los pensadores son esquizofrénicos: la censura los obliga a guardar en secreto sus publicaciones; para poner a prueba sus ideas no les queda más que la palabra en sociedad, disertar, predicar. Cuando Diderot da a su *Sueño de D'Alembert* la forma de una conversación a cuatro voces –él, D'Alembert, Julie de Lespinasse y el doctor Bordeu–, se permite el placer de superar esa contradicción cotidiana entre el escrito secreto y la palabra abierta.

ÉSTA SE BORRARÁ también en la sociedad, a medida que el régimen se vaya descomponiendo. Por un lado la censura se vuelve más laxa. Así Malesherbes –director de la *Librairie*, y por tanto censor en jefe– escribe la víspera de la Revolución en su *Memoria sobre la libertad de la prensa*: «La mayoría de los impresores y libreros son estafadores porque sin eso no valdrían nada. La mayoría de los particulares que aman los libros favorecen el fraude porque sin eso no podrían leer los libros que buscan o que no leerían más que diez años más tarde».

Por otra parte, los salones se convierten en un tema político, tan

grande es el triunfo de la conversación. El que primero lo comprendió fue Necker. Es cierto que Diderot se lo explicó luminosamente, al escribirle el 22 de junio de 1775: «La opinión, ese ente móvil cuya fuerza para el bien y para el mal conoce usted, no es en origen más que el efecto de un pequeño número de hombres que hablan tras haber pensado y que forman sin cesar, en diferentes puntos de la sociedad, centros de instrucción de donde los errores y las verdades razonadas van avanzando hasta los últimos confines de la ciudad, donde se establecen como artículos de fe. Nuestros escritos no funcionan más que sobre determinada clase de ciudadanos, nuestros discursos, sobre todas». Asombrosa postura de un intelectual que cree más en los efectos en cadena de la conversación y por tanto en el boca a boca que en la influencia del libro soberano.

Resultado: Necker está convencido de que la conquista del poder pasa, al menos para él, por la opinión pública, y que su posesión supone el control del más poderoso de los salones. Será su mujer la que deba ocuparse de ello. Suzanne Necker es la anti madame de Tencin: tan virtuosa como ligera es la otra, tan torpe como ágil es esta última. No se deja lugar alguno a la improvisación. Marmontel se da cuenta: «Se la veía ansiosa por resultar agradable a sus acompañantes, afanada en recibir bien a los que había admitido, atenta a decir a cada uno lo que más podía complacerle; pero todo esto era premeditado; nada era natural, nada convencía». El caballero de Chastellux tuvo prueba material de ello, según madame de Genlis, puesto que, al llegar con antelación, encontró bajo el sillón de la anfitriona un librito donde estaban apuntadas las réplicas que tendría que utilizar aquella velada. Nada escapaba al sentido suizo de la organización.

Estamos muy lejos de la conversación tal como la magnífica Diderot: «Es una cosa singular eso de la conversación, sobre todo cuando la compañía es poco numerosa. Vean los circunloquios que hemos hecho: los sueños de un enfermo delirante no son más heteróclitos. Pero como no hay nada deshilvanado ni en la cabeza del

hombre que sueña ni en la de un loco, todo se encuentra también en la conversación; mas sería a veces bien difícil encontrar los eslabones imperceptibles que tantas ideas disparatadas han atraído... La locura, el sueño, lo deshilvanado de la conversación consisten en pasar de un objeto a otro a través de una cualidad común».

Desde luego no era a Necker al que describía así. Éste, si creemos a Marmontel, era un «inútil», «no salía de su silencio más que para soltar algún comentario picante y alguna chanza fina sobre filósofos o gentes de letras a los que, en su opinión, su mujer era muy aficionada». Pero la atracción del dinero y el olor del poder bastaban para atraer a toda la *intelligentsia* a la casa de Suzanne Necker.

Su salón tendrá un efecto doble. Por una parte, servirá como caja de resonancia a las ambiciones de su marido, que va encarrilando hacia la opinión pública gracias a filósofos tan sensibles a la frecuentación del banquero suizo como a las misivas de Catalina II y Federico II. Sin ese giro hacia el país profundo, Necker jamás habría podido hacerse con una reputación que nada en su personalidad permitía prever y sobre la que construiría su carrera política.

POR OTRA PARTE, servirá de escuela a la hija de la casa, Germaine, pronto madame de Staël, que llevará más lejos aún la pasión de la conversación, transformando cuando llegue el momento su castillo de Coppet en una contra-corte donde dominará tanto el ingenio como el poder en las auténticas cortes soberanas. Ella elogiará a su vez la conversación en su libro *De l'Allemagne*: «La clase de bienestar que hace sentir una conversación animada no consiste precisamente en el tema de esa conversación; las ideas y los conocimientos que se pueden desarrollar en ella no son su principal interés; es una cierta manera de actuar los unos sobre los otros, de complacerse recíprocamente y con rapidez, de hablar en cuanto se piensa, de disfrutar al instante de uno mismo, de ser aplaudido sin trabajo, de manifestar su ingenio en todos los matices con el acento, el gesto y la mi-

rada, y finalmente reproducir a voluntad como una especie de electricidad que hace saltar chispas, alivia a unos del exceso mismo de su vivacidad y despierta a los otros de una apatía terrible». No es la ascesis verbal del salón de Holbach la que busca madame de Staël, sino un disfrute intelectual.

Una obra intelectual del ingenio ya no se crea en ese momento sólo mediante el juego de la conversación. En un momento en que la censura se desvanece, ella se convierte en una persona de referencia. De este modo, Coppet será un simple instrumento de placer, de influencia y de solidaridad, un Saint-Germain-des-Prés de vanguardia y no ya la matriz intelectual que había representado el salón de madame de Tencin, cuando la sociedad civil empezaba a sacudirse. Es cierto que, mientras tanto, los intelectuales habían conseguido convertirse en el «primer partido de Francia».